

Natalie Dessay

*finta pazza**

por Otto Cázares

Un esbozo rápido y de pinceladas sueltas del retrato de Natalie Dessay debe pintarla con un trazo que la defina de un solo golpe: Natalie Dessay (Lyon, Francia 1965) es sin duda *genial*. Sin embargo, al intentar retratar *al artista* se debe buscar, al mismo tiempo, capturar las vías por medio de las cuales el retratado *se hace artista* y, en última instancia, su *arte*.

Dessay posee uno de los instrumentos de soprano más hermosos y de más impresionante rango y alcance que se registre en la ópera contemporánea, afirmación que no deja de sorprendernos en un medio operístico mundial para nada ayuno de voces femeninas importantes. La circunstancia de que posea por añadidura una gran capacidad histriónica que la lleva —vía el histerismo— hasta el paroxismo interpretativo, hace que lo conocido se nos aparezca como extraño: *el aria* con Dessay es radicalmente nueva, una sorprendente y violenta *visión* que trastoca nuestro conocimiento operístico precedente, para otorgarnos en prenda verdaderas creaciones.

No es de extrañar, pues, que Natalie Dessay ofrezca nuevos cánones de *arias de locura* inventando nunca antes vistas Lucias, desquiciadas Ophelias, Aminas perturbadas o estrambóticas Cunegundas pero, sobre todo, es de resaltar la situación notable de que, antes de la locura, la cabalidad clásica sentó sus bases vocales, pues amplísima ha sido la discografía de esta superdotada antes de arrojarse a las joyas del romanticismo. Llevadas hasta los bordes del equilibrio emocional, auténticos brotes psicóticos son sus arias de locura y la artista, que mantiene intacta su refinadísima conciencia de estilo, hace que el espectador sorprendido se pregunte: “¿Cuánto tiempo más me mantendrá cautivo y arrobado este hermoso *Rossignol* que se niega a mostrarme los medios por los cuáles me ha rapado?”

La hiperconciencia de los medios artísticos, aunada a una capacidad de resolución rápida y fácil, crea muchas veces al artista cínico. En la música creó, por ejemplo, al Bach bufón: Gioachino Rossini que podía —según cuenta Stendhal— componer un *aria* mientras cuidaba la olla donde hervía el arroz, o que se jactaba de ponerle música hasta a una lista del mandado. La *habilidad absoluta* lleva consigo una sola y terrible penalidad: la creación, más que una obra, es un gesto.

La soprano Natalie Dessay es una artista que posee una hiperconciencia del medio canoro sin parangón, pero que en última instancia parece —siempre, yo no sé porqué— tomarnos el pelo. Sus creaciones son el despliegue de su hiperconciencia estilística compaginada con un guiño de infante precoz: pícara, genial, astuta; su precariedad es su prolijidad, su

defecto, su virtuosismo. El canto se vuelve gesto y el efecto, cálculo: un *juego de apariencias* infantil que uno se encuentra en posibilidad de descubrir sólo porque el niño es tan genial que lleva por delante todos los medios de su engaño y aún así, encanta.

El infante que juega a las *apariencias* puede tener o no escrúpulo de que está engañando: no importa, de lo que tiene afirmativa conciencia es de que ha de fascinar a como dé lugar: su logro se mide en hacer pasar por encantamiento una escena, mostrándonos todos sus artilugios. El niño nos hace disfrutar de una manera extraordinaria y le besamos en la frente, aunque sabemos que fuimos inocentemente coartados y engañados: es parte del amor adulto dejar pasar los engaños y recurrir a la autoconvicción de que *la puesta en escena* lo es de nuestro propio encanto de caer en el engaño. ¿No es ésta, ciertamente, una manera de definir toda ficción? ¿Y no disfrutamos, sobre todo los operómanos, del inexpresable placer de ser engañados? Sí, siempre y cuando el engaño lleve consigo las bases de la artísticidad más auténtica. Ésa es la naturaleza del engaño de Natalie Dessay. ◉

* *Finta pazza* significa en italiano literalmente “loca fingida”. Era una convención que en los libretos operísticos de los siglos XVII y XVIII se designaron como “finto” (fingido) a ciertos personajes que interpretaban farsas sobre el escenario: recuérdese *La Finta Giardinera* [La jardinera fingida] de W. A. Mozart.